



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA PELEA WILLARD - JOHNSON

NUESTRAS "Cositas Sueltas", de otros días, han cambiado temporalmente su título y, en lo adelante, al menos por ahora, se llamarán "Cositas antiguas".

En esta sección trataremos de llevar a la mente del lector recuerdos de hechos y escenas del pasado, hasta donde alcance nuestra memoria, y hoy comenzaremos con unos breves comentarios sobre la pelea Willard-Johnson celebrada en La Habana.

Allá por la primavera de 1915, la actualidad habanera, al menos, era deportiva o mejor dicho: boxística.

x x x

Después del "milagro del Marne", surgido cuando el general Joffre, siguiendo el plan genial de Gallieni, logró flanquear las avanzadas de los ejércitos de Von Kluck, que ya llegaban a las puertas de París, haciéndoles repasar casi en fuga este histórico río, hasta llegar a las riberas del Aisne, la guerra de trincheras se hacía monótona en los campos de la Europa occidental y, por otra parte, los relativos triunfos de los cosacos rusos en la Prusia Oriental no despertaban suficiente interés por estas latitudes.

Así se explica que aquella brutal carnicería, en la que tomaban parte cientos de miles de hombres de distintos países, no tuviera para el habanero en dichos meses a que nos referimos la misma fuerza emocional que el anuncio de una lucha singular que habría de verificarse al alcance de su vista, entre dos hombres solamente, que se disputarían el título de campeón mundial de los boxeadores de peso pesado: Jack Johnson, poseedor de tal honor y de Jess Willard, aspirante a obtenerlo.

El match tuvo por escenario un ring transitoriamente instalado junto a la pista del recientemente inaugurado Hipódromo de Oriental Park, uno de los más bellos de su tiempo.

x x x

El motivo de haberse escogido la Habana como lugar para celebrar la pelea fue la discriminación racial, tan agudizada por aquellos años en Norteamérica y mucho más acentuada después que Jack Johnson, el formidable púgil de ébano había conquistado el campeonato mundial venciendo en Sid-

ney (Australia) a Tommy Burns, reafirmando más tarde su invencibilidad al abatir al veterano Jim Jeffries que lamentablemente había intentado su retorno al cuadrilátero en Reno, Estado de Nevada.

Y Johnson, sin contrarios aparentes, se fue a París, al París de la preguerra, que conocía de las primicias de la Mistinguett y aún cultivaba el "can can" con eufórico frenesí. Allí, sin prejuicios étnicos, disfrutaba el hércules achocolatado la vida parisina a pulmón pleno y en más de una ocasión el nuevo sol le sorprendería, luciendo smoking, bombín y monóculo, caminando con paso vacilante a lo largo de la plaza Pigalle, después de una alegre velada en el vecino "Moulin Rouge", entre espumar de champagne y frou-frou de sedas.

En cierta ocasión hizo un alto en semejante vida licenciosa que llevaba en la sin par Lutecia. Para estirar un poco los músculos o con intención de ganar unos cuantos francos se enfrentó con Frank Moran, a quien sin esforzarse mucho, casi en un torneo versallesco, apabulló fácilmente.

Mientras, aquí, por tierras americanas, los expertos boxísticos removían cielo, mar y tierra en busca de la "esperanza blanca", el hombre de an-

cestro caucásico que arrojara del trono de los grandes peleadores a aquel de oscura pigmentación que lo ocupaba, y tal ejemplar pareció haberse encontrado en un rancho tejano. De gigantescas proporciones, Jess Willard, que es el nombre del nuevo gladiador, no conoce muchos secretos del deporte que reglamentara el Marqués de Queensberry y que apenas ha practicado, pero no importa. Lo que se trata de enfrentar a Jack Johnson no es un boxeador que cambie golpes con él dentro del ring, sino una montaña, un bloque de acero capaz de resistir impunemente los embates del campeón hasta que este, convencido de su impotencia, se rinda ante dicha evidencia.

Por eso el empresario Jack Curley concierta el bout nada menos que a cuarenta y cinco rounds e imposibilitado de celebrarlo en Estados Unidos, porque en tales momentos la pugna racial está al rojo vivo, escoge la capital habanera, situada a corta distancia del territorio norteño.

1

2

7

Y a la Habana llegó Jess Willard, acompañado de decenas de críticos yankees y de dos ex campeones, como Corbett y Fitzsimmons, amén de miles de turistas, para iniciar su entrenamiento en el Miramar Garden, situado en la esquina de Prado y Malecón, mientras se hacía venir al veterano Jack desde París, donde había conquistado una victoria sobre Frank Moran y había sufrido una derrota a manos de Lucila Cameron, la blonda francesita de quien se había enamorado y lo acompañaba en esta aventura.

x x x

Para el mediodía del 5 de abril de aquel año de 1915 se señaló el bout por el Campeonato Mundial de los heavyweights entre el retador Jess Willard y el campeón Jack Johnson, que había realizado sus prácticas en el stadium que se hallaba en la antigua batería de Santa Clara, donde hoy se alza el Hotel Nacional.

Si el match hubiese constado solamente de esos humanos quince rounds que actualmente limitan todos las peleas oficiales por campeonatos, Jack Johnson habría triunfado fácilmente, puesto que a través de tales episodios propinó toda clase de golpes a su adversario, que apenas brindaba la sensación de haberlos recibido. Pero el bout continuaba y los rigores del sol tropical en un mediodía cubano surtía más efectos agotadores en una ebánica contextura ya resquebrajada en parte por los años y la vida parisina que en la corpulencia vigorosa del ranchero ajeno a la vida de la ciudad.

A medida que avanzaba el match, el campeón iba dándose cuenta de que sus fuerzas debilitábanse en el empeño de abatir aquella mole que apenas se movía, pero que resistía firmemente todas las embestidas y, allá por el round veinte, comprendió que jamás podría llegar al término de esos 45 interminables episodios.

Fué entonces cuando al volver a su esquina, er uno de los descansos, tuvo el gesto, que Victor Muñoz calificó de generoso, de indicarle a su amada Lucila, que piadosamente abandonara el escenario donde él había de entregar a un nuevo monarca su corona.

La blonda francesita obedeció y algunos minutos después, el hasta entonces invencible Jack Johnson, sintiéndose agotado físicamente, aunque no "noqueado", rodó por el suelo, tapándose la cara con un brazo, no sabemos si para esconder una lágrima de impotencia o con objeto de rendir homenaje a Astro Rey que, a la postre, había sido su verdadero vencedor.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA